

BOLETIN DE TEOLOGÍA

Número Especial

Año 28, n° 56

2° Semestre 2012

ÍNDICE

Dossier III Encuentro de diálogo: religión y política

Fernando Esteban Lozada - <i>Textos ReBelados</i>	3
Comentario de Roberto Bosca	18
Comentario de Miguel Andrés Brenner	30
Comentario de Natalia Jakubecki	32
Comentario de Celina A. Lértora Mendoza	34
Comentario de Hilario Wynarczyk	40

Boletín de Teología

Directora: Nancy Raimondo

Comité Asesor

Virginia Azcuy (Facultad de Teología - UCA, Buenos Aires)

Marcelo González (Facultad de Teología - UCA, Buenos Aires)

Raúl Fornet-Betancourt (Inst. Missio - Univ. Aachen)

**Número especial
Encuentro de Diálogo Religión y Política
N. 3 - junio 2012**

Copyright by Ediciones FEPAI, M. T. de Alvear 1640, 1° E, Buenos Aires.

e-mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar

Queda hecho el depósito de Ley 11.723. Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar.

ISSN 0326-792-X

DOSSIER RELIGION Y POLÍTICA

**Reunión 23 de junio 2012
.Museo Roca Buenos Aires**

* * *

Textos reBelados

Fernando Esteban Lozada

El sentido común es el modo de pensar y proceder tal como lo haría la generalidad de las personas, por lo tanto puede usarse como una herramienta para el autoritarismo de lo popular. Su utilización como recurso de validación del saber no es el camino hacia la búsqueda del conocimiento, sino que es una invitación a la pereza intelectual, a pensar colectivamente, o dicho de otra manera a no tener generación propia de ideas, ni agudeza suficiente para evaluar las ajenas.

Cuando fundamentamos desde el sentido común estamos diciendo que algo es de determinada manera porque un sentimiento vulgar así lo dicta, extrañamente este criterio de legitimación de argumentos se utiliza para indicar que lo que se está afirmando es obviamente lógico. La lógica y las sensaciones son de dominios diferentes y no se influyen entre sí. El sentido común como autoridad intelectual nos llevó a paradigmas y supuestos totalmente erróneos a lo

largo de la historia, por aplicación del mismo nadie dudaba de que la tierra era plana, de que éramos el centro del universo, que el hombre surgió del barro y la mujer de su costilla, que existe un dios creador o de que debía haber esclavos. La multitud no tiene razón por el hecho de ser numerosa, hace falta otro criterio para validar una determinada posición. Aceptar que lo que la mayoría cree es siempre correcto nos ha llevado al estancamiento intelectual.

La moral tabú y los prejuicios suelen ser de sentido común, al menos es lo que cree el que los posee. La ética basada en verdades populares atávicas nos lleva a un comportamiento autómatas, sumiso y anacrónico, claramente perjudicial para nosotros mismos y nuestro entorno.

Abandonemos el sentido común

El pensamiento crítico racional es el antagonista del sentido común, esto nos lleva a deducir que, saber cuándo abandonar el sentido común por haberse transformado en obsoleto, es el primer paso para erradicar el pensamiento dogmático.

Es necesario para empezar un diálogo establecer un lenguaje común, es por ello que este texto comienza con algunas definiciones, las cuales tienen un enfoque personal y por lo tanto no son estrictamente enciclopédicas o académicas.

Las propiedades que se le atribuyen a dios en nuestra cultura son las de ser creador del universo, omnipotente, omnipresente y omnisciente. Es decir la máxima expresión del autoritarismo universal. Esta concepción no deja espacio para el desarrollo humano, nos volvemos insignificantes y despreciables frente a semejante grandiosidad. Si existiera estaríamos en presencia de una entidad infalible, a la cual le deberíamos obediencia sin cuestionamiento, sumisión de esclavo. Tendríamos que considerarnos tan defectuosos, tan imperfectos, banales y frágiles frente a dios que no nos quedaría más alternativa, que aceptar su plan divino, ¡que insensatos seríamos al oponernos!, aunque en su magnificencia nos permitiría elegir “libremente” el camino de la perdición eterna, el ateísmo.

El ateo es una persona que no cree en la existencia de dios, o mejor dicho niega el concepto de divinidad por ser autoritario, se resiste a aceptar algo que en sí mismo se lo categoriza de indefinible e inefable. Si se niega la existencia de dios, pero se conserva el esqueleto de la doctrina religiosa en la estructura del pensamiento, se ha cambiado muy poco en realidad.

Cuando se sigue necesitando el dogma para vivir, a pesar de negar a dios, es decir que se abandono un autoritarismo para generar un nuevo sistema director arbitrario (neodioses) al cual se le debe subordinación, se es un ateo dogmático. omnibenevolente,

Definiéndonos brevemente

El ateísmo adogmático a diferencia de las religiones o cualquier otra estructura mística, no tiene doctrina, es libre de criticar y criticarse. El ateo, que forma parte de esta corriente, destruye y construye continuamente su sistema de valores o creencias,

en el caso del ateo humanista, tratando de conciliar el beneficio propio con el bien común.

La religión es el conjunto de creencias basadas en la fe, generalmente referidas a uno o más dioses, impulsa sentimientos de veneración y temor, suele exigir la práctica de rituales, oración y sacrificio. De lo expuesto podemos inferir que así como el silencio no es otra forma de sonido, el ateísmo adogmático vive libre del ruido místico, no es otra forma de religión, sino una postura crítica, escéptica y expectante, con múltiples matices.

El pensamiento crítico es la herramienta fundamental del adogmático, se basa en un escepticismo activo, dudar en primera instancia, para luego buscar los fundamentos que validen o refuten lo puesto en tela de juicio. Quedarse en la duda solamente, en la desconfianza frente a nuevos conocimientos, termina siendo prejuicioso y probablemente manifestación de un dogma atávico.

El espíritu puede considerarse como el conjunto de elementos no tangibles que componen a un individuo y que nos permiten reconocerlo como tal, como la sensibilidad, el sistema de creencias, los valores, el conocimiento, los sentimientos y las pasiones. Un ateo humanista es un ser profundamente espiritual en este sentido.

La creencia es la aceptación de algo sin tener certeza absoluta. Prácticamente no tenemos certeza de casi nada, salvo del conocimiento que proviene de las ciencias formales. En el mundo fáctico aceptamos muchas cosas como válidas por practicidad.

Un sistema de creencias es un conjunto de “verdades” que influye en nuestra conducta, nos permite actuar en la mayoría de los casos espontáneamente y en otros pocos de manera conciente. La efectividad de nuestras acciones dependerá de qué tanto se ajuste el sistema a la realidad.

Se pueden clasificar las creencias en muchas diferentes categorías, elegiré utilizar dos grandes grupos, el de las fundadas y el de las no-fundadas. El primero tiene bases objetivas y racionales o proviene de una estadística imparcial, lo que se cree tiene sustento en una explicación lógica, habitualmente es así como las cosas ocurren o son, con independencia del que cree. Las no-fundadas son absolutamente subjetivas, no necesariamente tienen correlato con la realidad, se sostienen de emociones y deseos.

Los ateos, al igual que el resto de los mortales, poseemos ambos tipos de creencias, pero si se es racionalista las decisiones conscientes se basarán preferentemente en las creencias fundadas, aunque en muchas circunstancias no se cuente con la información necesaria y se recurra a las no-fundadas. Un ateo adomático no rechaza las creencias del tipo subjetivo, por el contrario las valora, siempre comprendiendo que ellas sólo tienen algún grado de validez en su propia subjetividad.

Creencias en el ateísmo

Sentir que somos amados por quien amamos, nos hace creer que somos correspondidos, pero eso es improbable, además de la dificultad implícita de definir el amor, lo que estamos sintiendo no necesariamente condice con la realidad, pero nos sirve para convivir en pareja.

Ningún adomático pretendería transformar sus creencias no-fundadas en verdades universales, ni trataría de imponerlas, porque las circunscribe al dominio de su campo emocional.

Discutir si las creencias subjetivas de una persona son más válidas que las de otra, es estéril e irracional. La discusión que puede tener sentido es la de si determinada creencia es fundada o no y cuáles son sus límites.

En este punto es inevitable el planteo de si el ateísmo es una creencia y en el caso de serlo si es fundada o no-fundada. Bajo mi punto de vista el ateísmo es una creencia del tipo fundada. No es la creencia en la inexistencia de dios, sino la creencia en que el concepto “dios” es una construcción ideológicamente autoritaria e irracional. No podemos decir que creemos que no existe algo que se afirma que no se puede definir ni comprender, pero si podemos creer, con fundamento, que lo que se nos quiere imponer no tiene más sustento que la subjetividad irracional del individuo que siente su existencia.

La culpa y el miedo son un matrimonio detractor del progreso de la humanidad, acompañan al hombre desde hace siglos y lo conducen por caminos sin salida. Si bien podrían ser tomados como características de una doctrina religiosa, han adquirido tanta fuerza en sí mismos que optaré por considerarlos dos dioses en uno, valga el misterio. Esta dualidad es digna de ser temida.

Manejar la culpa y administrar el perdón es una forma de poder, un perverso mecanismo de manipulación.

Las religiones Abrahámicas buscan generar la culpa en sus creyentes, cuantas veces hemos oído “él sufrió y murió por nosotros” o “hemos nacido con el pecado original”, nos tratan de cargar con culpas, que son ajenas y los hechos que la generaron están perdidos en el tiempo.

La culpa es inútil y necesariamente hay que erradicarla, lo que sirve es el accionar conciente para hacer las cosas según un sano criterio, o mejor dicho según nuestra propia ética.

El otro protagonista de la pareja nefasta, el miedo, es el arma de los débiles y el escudo de los pobres de corazón, que engendran un mundo pasivo, sin verdaderas emociones, aquellas que elevan el espíritu y enaltecen a la razón.

Me pregunto cómo hoy pueden existir doctrinas religiosas que inculquen el “Temor a Dios” o que amenacen con un castigo atormentador nuestros pecaminosos actos, que muchas veces son solo diferentes enfoques de la vida.

Es triste ver cuánto aterra lo nuevo, lo extraño o lo poco común, una sociedad llena de temores para aceptar y tratar de comprender tiende indefectiblemente a estancarse, pues el progreso se gesta a partir de la incorporación de conceptos novedosos.

El Dios dual

Por la culpa nos manipulan y por el miedo nos dominan.

La pregunta quizás haya que formularla mejor, está orientada a aquellos que manifiestan no tener fe religiosa, ¿Qué es más razonable? ¿Elegir vivir en la duda metafísica permanente o negar el concepto dios?, entendiendo a éste como el representante de cualquier autoritarismo ideológico con tinte mágico.

Dios o cualquier concepto sobrenatural en general gozan de la imposibilidad de una demostración lógica de su existencia o inexistencia, además de carecer de definición categórica. Esta característica lleva a plantear nuevas preguntas ¿Por qué la existencia

de dios es digna de ser considerada como posible? ¿Cuál es el sentido práctico de una incertidumbre perpetua? ¿Qué hace temer negar a dios? ¿Qué se pierde negándolo?

¿Con qué criterio seleccionamos cuáles manifestaciones irracionales pesan más si no poseemos fe religiosa?

Los seres humanos estamos dotados de imaginación, ella es capaz de transportarnos a realidades inverosímiles, a creer que podemos definir la perfección, esto nos da una sensación de infinito o de conexión divina, pero nos limita nuestra experiencia, mientras mayor sea ésta, más infinito será nuestro infinito, más complejas serán nuestras fantasías para competir con la razón. De todas las creaciones de la mente, dios es la obra maestra, el representante indefinible del absoluto, cuya existencia es validada por la creencia religiosa, la fe le da certeza al que la posee y esta se reafirma en sí misma, transformando lo mágico en real.

¿Por qué hay quienes se manifiestan no creyentes y ponen a dios a la cabeza de su lista de imposibles tal vez posibles, mientras descartan de raíz otros supuestos del imaginario popular?

¿Si no tengo fe por qué dudar en ser Ateo?

Veamos la validez de algunos argumentos de no creyentes para dudar de que dios no exista y resistirse a sentirse ateos.

- Porque la fe es real: lo cual es cierto, mucha gente ha sacrificado su vida y ha matado por este sentimiento, pero su existencia no valida nada. Que exista el amor no quiere decir que uno sea amado, que exista la fe no implica que haya un dios. Son aspectos íntimos que no tienen por qué tener correlato con lo externo.

- Por amor a la verdad, por miedo a fallarle a la lógica: parece aceptable, pero esto impide a quien ejerce la duda de tipo universal hacer un ranking de irracionalidades. Entonces todo debería ser pensado como posible sin escala de valores, duendes, fantasmas, hadas, extraterrestres, Jehová... ¿Cómo tomar decisiones si todos los postulados fantásticos y no falsables merecen ser tenidos en cuenta porque no se puede demostrar que son falsos? Nos quedarían dos opciones: por lo sensible como parámetro para guiarnos, es decir que finalmente terminamos siendo poco lógicos y fallándole a la verdad, o lo pragmático y actuamos como ateos.

-Porque implicaría una consecuencia negativa: no la he encontrado. Negar lo sobrenatural por falta de evidencia es tomar postura para actuar coherentemente, como lo hacemos con otros aspectos de la vida práctica sin miedos ni culpas, también implica la posibilidad de equivocarse y la responsabilidad de tener que reconocer el error para volver a empezar, hasta ahora recorriendo la historia de la humanidad parece no haber motivo real para tener fe o creencia en lo divino. Los que no tenemos creencia religiosa, es decir la capacidad de asumir algo inmanifestable e incognoscible como real, y vivimos bajo criterios racionales, no deseamos tenerla, no nos sentimos incompletos, sino todo lo contrario: estamos complacidos de nuestra independencia y de nuestra libertad de definirnos a viva voz como ateos.

Tolerancia atea

Las creencias basadas en dogmatismos tradicionales suelen gozar de un excesivo respeto, generando asimetría con respecto al ateo, el cual por su simple existir suele resultar ofensivo.

Según la Real Academia Española, Tolerar es respetar las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias. Podemos ver que a la idea se la personifica, se le dan derechos como si se tratara de un individuo, atributos que en su propia definición no están contenidos. Esto, quizás, es una herencia de la Ilustración que sobrevaloró a la idea, a veces poniéndola por encima de la vida. Para un racionalista “tolerar” debería ser: respetar a las personas con ideas, creencias o prácticas diferentes o contrarias a las propias.

Si ataco una idea, es decir que por medio de la razón la analizo, la persona generadora o expositora de la misma no debería sentirse ofendida, si las ideas se respetan se vuelven dogmáticas. Respetemos a las personas. Si el ataque a una idea, ya sea científica, filosófica o religiosa, es ofensivo, entonces quiere decir que ese abstracto se transformó en un tumor, que cuando queremos tocar o remover se vuelve doloroso.

El ateo humanista funda sus valores sobre fuertes pilares, como La Libertad, que es una invitación a cuestionar, para no estar atado a voluntades e ideas ajenas y propias; la Tolerancia que sólo se aplica a los individuos, las ideas no se deben tolerar, se deben analizar; La Razón con la cual atacamos las ideas, y si ellas soportan el

embate serán bienvenidas, porque ese es nuestro método para investigar y tender a la Verdad.

Los ateos no debemos ser sumisos y callar ante los planteos irracionales conducentes al autoritarismo ideológico, creo que no hay que respetar ninguna línea de pensamiento o ideología, no debemos tener miramientos o deferencia a la hora de criticarlas, sino no seríamos libres, estaríamos reprimiendo la Razón, y traicionando el principio de Igualdad, porque las ideas de todos los hombres deben poder ser expresadas, confrontadas y sometidas a investigación para que nadie se sienta dueño de la Verdad y nuestra Libertad peligre. Quien se ofende por ser cuestionado está ofendiendo por no aceptar lo diferente.

El ateo, al no poseer un sentido de trascendencia divino, entiende que no tiene un propósito o misión prefijado ni individualmente ni colectivamente. Por eso no; acepta un plan maestro que dé un sentido místico a los éxitos y fracasos. Esta actitud aparentemente generaría un vacío, provocando una angustia existencial. Pero también puede esta postura ponernos en el lugar de ser los protagonistas de nuestra realidad y los únicos responsables de nuestros actos. El bien y el mal están lejos de ser lo que nos conduce al paraíso o al infierno, se transforman en convencionalismos humanos, con lo cual el comportamiento del individuo quedaría supeditado al dominio íntimo de cada uno. Cada persona que estuviera convencida de esta hipótesis inicial, libremente elegiría si sus acciones, para lograr sus metas, son adecuadas según le importe dañar o beneficiar a su prójimo, es decir si considera o no que sus objetivos son más importantes que el bienestar de los que componen su entorno, con lo cual tendría que pesar sus afectos contra los efectos y las sanciones sociales que sus actos pueden acarrear.

Siguiendo con la línea de pensamiento del párrafo anterior la ética atea humanista en vez de estar formada por preceptos divinos, estaría compuesta de estructuras racionales ensambladas para la coexistencia pacífica de los individuos, y sería consecuencia de la evolución de una sociedad que pretende perdurar en el tiempo.

El destino no existiría, sino que el devenir sería una consecuencia de los actos provocados por cada hombre generando su proyecto de vida, combinado con el azar, entendiendo este último como aquellos acontecimientos regidos por tantas variables que nos resultan imposibles de predecir.

El propósito de la vida

Al no haber trascendencia espiritual, ni una escala de méritos para alcanzarla, nuestro desarrollo como persona está limitado al periodo comprendido entre el nacimiento y la muerte. Si toda la sociedad adoptara esta postura y esto acarreará como resultado el caos, entonces la naturaleza del hombre sería destructiva, podríamos concluir que sin un mecanismo primitivo de premios y castigos seríamos despreciables. También puede suceder que se comprenda que la vida es lo más valioso que tenemos y se genere una cultura que la ponga como el valor que está por encima de cualquier bien o idea.

Personalmente apuesto a que un mundo ateo, libre pensador y libre en sentir sería un mundo más pleno y más pacífico.

Al parecer los humanos tenemos la tendencia a extrapolar comportamientos observables en la naturaleza y estudiados por la ciencia al ámbito metafísico. En la naturaleza los sistemas tienden a estar en estado de reposo o de mínima energía. Dogmáticamente en distintas culturas se ha establecido que algo tan subjetivo y humano como la justicia tiene un comportamiento similar, hay quienes creen que existe un equilibrio entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto (siempre a la medida de la conveniencia particular de cada individuo), que conservarlo es incumbencia de dios o que es una ley universal. Pensar en términos de merecer (en el sentido moral) lo que nos sucede, es ignorar las consecuencias de nuestras acciones y el azar, es lanzarnos al conformismo fatalista. Mucho de lo que nos ocurre tiene relación con nuestras decisiones o comportamiento, pero existe una componente muy importante que es producto de las innumerables variables que no podemos controlar en la complejidad de la vida y del universo que nos rodea.

El convencimiento de que uno siempre merece lo que le ocurre en la vida, sea por sus buenas acciones o por las malas, conduce a una actitud pasiva, que nos arrastra a estar desprevenidos de los inesperados desafíos del existir.

Siendo adogmáticos prescindimos de la pregunta ¿merezco lo que me pasa?, y así podremos reflexionar libremente acerca de cómo potenciar los beneficios y minimizar los daños de los eventos inesperados, estaremos en estado de alerta, descreídos de que nuestro concepto de justicia sea universal, por lo tanto liberados de la angustia de rendir cuentas permanentes a jueces invisibles y obedecer leyes ambiguas.

¿Justicia Divina?

Un rebelde es quien opone resistencia a la autoridad, es decir que cuestiona al poder que tiene el control, sea éste una persona, una organización o un concepto. En principio puede parecer algo perjudicial para el desempeño del individuo y su entorno, pero ya veremos la utilidad progresista que puede tener esta postura apropiadamente encausada. Cuando incorpora el aspecto constructivo sus esfuerzos no son negativos sino que proponen cambios creativos desde las grietas o puntos ciegos del sistema, buscando generar nuevos movimientos con carácter rizomático, para reinterpretar la realidad y modificarla.

Aquel que vive en estado de rebeldía no acepta sin cuestionar lo que proviene de la tradición, la jerarquía o la verdad revelada, por lo tanto sus valores no se fundan en la obediencia, la resignación, el prejuicio o la moral tabú.

Rebelde

Un rebelde va a obedecer o acatar directivas externas, si y sólo si, los fundamentos del mandato recibido soportan su espíritu crítico, quiere decir que rompe con la obediencia debida. El tamiz racionalista le permite discernir cuáles acciones lo llevarán a encontrar el mejor camino hacia la búsqueda del placer y el bienestar individual y colectivo. El escepticismo es la regla que dirige su conducta, por tanto se destruye y se construye a él mismo, enfrentando sus propios supuestos, dando origen a un sistema de creencias fundado y variable, por ende perfectible.

El rebelde busca validar sus acciones y su saber de modo no autoritario, por eso es por naturaleza racionalista, lo que lo lleva permanentemente a trabajar en el balance de la razón, la emoción y su conducta. Esta cualidad y su pasión por el desafío alimentan el motor de su voluntad, fuerza necesaria para poder resistir la tentación de caer en la comodidad de aceptar sumisamente lo que se impone como realidad establecida.

Los paradigmas aceptados y enquistados en el imaginario popular pasan a ser modelos obsoletos, que ya no son funcionales para lograr los avances que la sociedad requiere, es necesario producir puntos de inflexión revisando lo incuestionable, para subir un nuevo escalón en lo cultural.

Alguien podría pensar que estar rebelado es una postura dogmática, pero la rebeldía justamente es la ruptura del principio de autoridad, y el dogma es autoritario en sí

mismo. Dogmático y rebelde son diametralmente opuestos y no tienen punto de encuentro, ni en la más rebuscada elucubración filosófica.

De lo expuesto se infiere que un individuo con las características citadas entiende que la verdad nunca es absoluta, ni es algo que se encuentra, es siempre un proceso de búsqueda que modifica al actor de la misma y lo lleva a sondear caminos más variados, complejos y profundos.

El engaño del oráculo

Desde tiempos remotos, el poder dominante ordenó a los dioses que hablaran a través de su oráculo, para que estos balbucearan “Conócete a ti mismo”. Tal imperativo implica que el ser humano es una creación estática, un producto terminado, y la desdicha sería consecuencia de una falta de introspección o de la incapacidad de mirarnos con el lente del pensamiento hegemónico de turno, en resumen es predestinación fatalista. Es una invitación a la resignación, a girar en redondo buscando morderse la cola. Es una forma de evadir la responsabilidad de cambiar, de adaptarse y de perfeccionarse. Un autismo existencial.

A partir del momento en que nacemos nos empiezan a construir los demás, nos volvemos adultos cuando tomamos las riendas de la obra. Los distintos grupos de poder tanto atávicos como contemporáneos, enquistados en la sociedad, quieren seguir moldeándonos a la funcionalidad del sistema, por lo tanto crear una voluntad firme para resistir es el primer pilar a erigir.

“Constrúyete a ti mismo”, es una invitación a la libertad de ser, de revisarse y reformularse, en base a medir las consecuencias de nuestras acciones y las de los demás, para crear un sistema de creencias perfectible y adogmático. El ejercicio de elegir el material con el cual construirnos implica una búsqueda, una exploración, un constante preguntarse.

Cuando aprendemos en base a experiencia, investigación y pensamiento crítico nos modificamos, se expanden nuestros límites, se diluyen nuestros prejuicios, nos volvemos creyentes de nuestro potencial y el de los demás.

La vida puede ser pensada como la gran tarea de construir nuestra propia ontología, una existencialista y humanista, para ser felices y brindar felicidad, somos únicamente lo que construimos internamente, que se manifiesta en la intersubjetividad.

Nadie conoce mejor la obra que aquel que la ha cimentado, conocerse a uno mismo es consecuencia de haber trabajado conscientemente en lo que se es.

El ateísmo adogmático es una invitación al ejercicio del pensamiento crítico, a vivir lejos de la comodidad de los supuestos sociales, buscando el marco de validez del conocimiento o simplemente no aceptando sumisamente la autoridad religiosa, tradicionalista, política, mística o pseudocientífica.

Un ateo adogmático no necesariamente es un científico o un epistemólogo, sino alguien que entiende que su propia ignorancia y la del resto de los humanos no justifica el uso del pensamiento mágico como alternativa para explicar lo que no comprendemos. La existencia de explicaciones razonables sirve para refutar las inverosímiles y fantásticas, pero cuando la razón aún no ha logrado conocimiento validado es bueno tener anticuerpos para dejar la ciencia ficción sólo como entretenimiento literario. Encontrar respuestas simplistas para no reconocer la ignorancia y perder el impulso de búsqueda de la verdad, nos lleva al oscurantismo dogmático.

Crear que la racionalidad es lo único e importante del ser humano es una visión reduccionista y dogmática, tenemos sentimientos de odio, amor, placer, deseo y sentido de la estética, entre otros. Este es un punto muy importante, porque un ateo puede armar su sistema de valores racionalmente, partiendo de un legítimo amor altruista, que quizás lo podemos atribuir a una característica de supervivencia de la especie.

Dentro de lo no estrictamente racional está el sistema de creencias, el ateo cree y muchas veces firmemente, pero no contradiciendo el discurrir, no sometiendo a la verdad revelada, sino sabiendo que existe una probabilidad cierta de ocurrencia o un deseo.

Adogmatismo

Llegar a ser adogmático es un proceso permanente, donde la voluntad debe ser fuerte para no caer en el conformismo, porque vivir rebelado contra el autoritarismo requiere un gran esfuerzo, un trabajo desgastante y muchas veces mal visto socialmente.

El ateo militante suele ser apasionado en el debate, eso no es una manifestación de fanatismo, sino la exultante demostración de que está vivo y siente. Su racionalidad

debe actuar en sus argumentaciones y en la evaluación del intercambio de ideas para revisar si su sistema de creencias debe ser modificado.

Un ejercicio necesario para ser ateos adogmáticos, es preguntarse para quien vivimos, con las religiones vivimos para llegar al paraíso, pero a veces vivimos para la fama, el dinero, el poder, la trascendencia que no disfrutaremos, e hipotecamos nuestra finita existencia en pos de objetivos que no nos llevan a la felicidad.

Disfrutar de la vida y tratar de mejorar el entorno son objetivos primordiales del ateo humanista, es por eso que para satisfacer el deseo, para realizar actitudes placenteras, para gozar en definitiva, apelamos muchas veces a lo irracional, y esto no nos transforma en dogmáticos sino en humanos plenos. Con esto quiero decir que abandonemos los tabúes, las morales dogmáticas por medio de la razón, que el entendimiento lógico guíe nuestras decisiones, pero al momento de entregarnos al disfrute físico-emocional exploremos toda nuestra maravillosa irracionalidad, ejercitemos el libre sentir.

Oración

- * Tú has surgido de la nada en los momentos más difíciles con tu fuerza creadora.
- * Tú me ayudas a hacer de mí un ser que quiere ser libre y lucha por romper las cadenas de la opresión.
- * Tú me acompañas y sostienes mi mano cuando mi pulso tiembla en las decisiones más difíciles.
- * Tú me ayudaste a levantarme cada vez que de rodillas he caído.
- * Tú alimentas mi sed de superarme.
- * Tú no eres obsecuente.
- * Tú no me cuestionas.
- * Tú eres testigo y partícipe de mis bajezas y mis triunfos.

* A ti te hablo, aunque no pueda verte, para lograr mis metas.

* Ante ti estoy desnudo, sin más alternativa que ser quien soy.

* Tú has llenado gran parte de mi vida en compañía silenciosa.

* Cuando de ti me he olvidado en un pozo oscuro caí.

E* res luz que nace como una chispa ínfima, hasta volverse una gran llama, capaz de incinerar cualquier obstáculo.

* Sé de tu existencia, aunque nunca pude verte.

* Sé como hacerte grande dentro de mí, pero soy conciente de que te he despreciado cuando a mi puerta has golpeado.

* Sé que no soy el único que permite que habites en mi, cada afecto que me rodea es un ladrillo que te contiene entre las paredes de mi ser.

* A veces no te encuentro, pero sé que si te busco terminas explotando como un volcán, dándome tu magma, para llevar mis propósitos a cabo.

* Cuántas veces te han negado, hasta yo mismo he intentado matarte, son tantas las veces que he dudado de tu poder.

* Nunca me has defraudado, mis fracasos se deben a mis errores, o la falta de tu presencia por no saber llamarte.

* Estabas presente en la creación de estas líneas uniendo mi intelecto con mis manos.

* Estás aquí dejando que dé vida a mis palabras.

* Todos pueden ser testigos de tu presencia y de tu ausencia en mis actos, como así también cuando en mí escasea la acción.

* Te presento ante los que me rodean para que puedan también hacer uso de ti cuando te necesiten.

* Te muestro sin vergüenza porque en ti creo.

* Sé que sin mí no existirías y sin ti no soy nada.

Aunque nunca te llamo por tu nombre sé cómo te llamas, tu nombre es VOLUNTAD.

Fernando Esteban Lozada nació el 25 de diciembre de 1973. Es Técnico e Ingeniero Mecánico especializado en Bioingeniería, en esta área ha investigado, producido implantes quirúrgicos y patentado dispositivos médicos. Sus trabajos han sido publicados en revistas y congresos nacionales e internacionales.

Utilizando sus conocimientos desarrolló, junto al otro integrante del Grupo CarneSerVida, un proceso de conservación de tejido orgánico para crear obras de arte. Expuso a nivel nacional e internacional en América,

Europa y Asia. En gestión cultural ha sido en varias ocasiones organizador, ponente y panelista de eventos Arte, Ciencia y Tecnología.

Fue miembro fundador de la Asociación para la Difusión del Pensamiento Racional y como tal es coautor del libro *Ciencia y Pseudociencia*, Ed. Martín.

Ateo activista, Director del Congreso Nacional de Ateísmo en la Argentina, en sus tres primeras ediciones y miembro fundador de la Asociación Civil Ateos Mar del Plata. Actualmente su militancia está fuertemente orientada al laicismo, cuyo principal objetivo es la recuperación del Estado laico argentino.

Comentario de Roberto Bosca

La nueva impostación antiteísta

En cuanto cara negativa de la creencia, la increencia remite al diálogo entre la fe y la ciencia, constituyendo una cuestión que involucra variables y factores muy diversos en los que puede reconocerse la intervención de elementos de naturaleza no solamente teológica y científica (tanto relativos a las ciencias sociales como a las llamadas ciencias duras), sino también en las perspectivas filosófica y antropológica, particularmente de la filosofía de la ciencia y de la filosofía de la religión.

Un reciente informe de la Santa Sede¹ de naturaleza teológico-pastoral, formula así algunas consideraciones sobre la increencia como un fenómeno que merece ser atendido, en tanto aparece como un nuevo dato de la vida social en los países de antigua tradición cristiana.

La increencia afecta fundamentalmente a la “civilización occidental y cristiana” -según parece, cada vez menos civilización y cada vez menos cristiana- como una resultante del proceso de secularización-, que hemos tratado en nuestro anterior coloquio- y que en las últimas décadas, concretamente a partir de los sesenta del siglo pasado, ha sido objeto de una preferente atención no ya por la teología sino por las ciencias sociales, particularmente la sociología y el derecho en sus respectivos campos epistemológicos.

De otra parte, y de modo particular, en estos años que estamos viviendo de comienzos del nuevo siglo se ha renovado la discusión sobre el evolucionismo a partir de la teoría del Diseño Inteligente (*Intelligent Design* (ID)), sin que esta controversia haya todavía dado algún resultado mas o menos claro², a pesar de la polvareda levantada sobre todo en los ambientes científicos, filosóficos y teológicos de los Estados Unidos.

Sin embargo curiosamente esta *quaestio disputata* no ha tenido prácticamente ninguna recepción entre nosotros, tal vez más preocupados por asuntos más pedestres y terrestres como el del valor de un adminículo de papel verdoso llamado dólar, que si bien está confeccionado de una materia como la celulosa, representa un valor simbólico nada despreciable que los materialistas y también muchos de quienes no lo son veneran como a una nueva divinidad.

En otra perspectiva, el pensamiento anglosajón ha producido una multitud de ensayos de variada calidad a los que unifica una mirada fuertemente crítica sobre las religiones, a cargo de autores que han adquirido cierta popularidad en un público consumidor de libros, revistas y programas de televisión que revelan una fascinación por el mundo científico y una mentalidad pragmatista y positivista, que es un producto de la unión de las formas consumíscas del materialismo práctico contemporáneo y un acento de la secularización de la vida social.

Si bien la prédica de estos autores, como Daniel Dennet, Richard Dawkins, Sam Harris, Christopher Hitchens y A. C. Grayling, por no citar sino los más conocidos³, algunas veces interpela a las religiones en sí mismas consideradas en cuanto estructuras de un poder supuestamente dominador del espíritu humano, en otras ocasiones lo que ella hace es formular un cuestionamiento no ya de la religión *in se* sino del clericalismo o injerencia indebida de lo religioso sobre la vida social. En este punto nos encontraríamos ante el tema del laicismo y de la laicidad a la que decía dedicamos nuestra sesión anterior.

Otros diversos trabajos aparecidos en numerosas publicaciones científicas me parece que acreditan realizar un enfoque analítico de la exposición de *Textos Rebelados*⁴, de Fernando Lozada, a cuyo derredor nos hemos reunido hoy todos nosotros para aprender un diálogo todavía pendiente o inédito en la Argentina, el de la creencia y la increencia. Las siguientes reflexiones apuntan a una consideración de estos textos en una sensibilidad dialógica de intercambio franco de pareceres que sitúe a creyentes e increyentes en una común y honesta búsqueda de la verdad.

En tal dirección, no se trata propiamente de un trabajo de corte académico, como podría serlo del género ensayístico, con el típico estilo de argumentación, fundamentación e inclusión de fuentes en primer lugar bibliográficas, sino que se trata en este caso de una exposición argumental directa que técnicamente se denomina un “libelo”.

El término es aquí empleado en el sentido de escrito breve, que aunque por su lenguaje no es directamente injurioso en sí mismo podemos decir que sí en cambio reúne la característica propia del género de ser difamatorio, independientemente de la pretensión del autor, que ciertamente aquí no se juzga. La difamación consiste en articular a la religión como un mal, exactamente de manera inversa a como en el pasado las religiones consideraron también a la increencia como un mal absoluto.

Este carácter se evidencia en cuanto el libelo tiende a desarticular algunas trazas fundamentales propias de la estructura religiosa, con la consecuencia directa de quitar al dato religioso toda seriedad que permita acreditarlo como propiamente humano. En tal sentido el libelo se dirige a destruir los mismos fundamentos que acreditan una dimensión religiosa natural de la existencia del hombre en la tierra, eliminando radicalmente cualquier posibilidad de una realidad diversa a la puramente material⁵.

El texto revela por otra parte la sensibilidad militante del autor, un activista que apunta a brindar con su trabajo un resumen de su labor de actualización de algunos argumentos antirreligiosos con un sentido didáctico dirigido a un público lo más amplio posible. Probablemente debido a esta pretensión el ensayo se resiente de algunas simplificaciones.

En tal sentido, la argumentación diferencia la propia profesión de fe en el ateísmo de supuestas reglas religiosas que aunque así se las presente en el trabajo, en rigor no siempre son tales, aunque sean consideradas auténticas por el autor, o bien éste adjudica de una manera demasiado simplista -seguramente llevado por dicho afán de síntesis- diferencias entre la creencia y la increencia también poco precisas e incluso inexactas, como cuando afirma que el objeto de los creyentes es el paraíso, y el de los ateos, disfrutar de la vida. No hay contradicción entre uno y otro, salvo que se los malentienda en un sentido excluyente. Debe puntualizarse que ser religioso o el ser creyente en modo alguno impide el amor del mundo y la fruición de sus bondades⁶.

Cabe advertir para empezar que el citado informe sobre el estado de la increencia en el mundo actual concluye que ella no está creciendo en un nivel global sino que se trata de un fenómeno característico sobre todo del área occidental atlántica, aunque el modelo cultural que ella inspira se extiende a través de la globalización, ejerciendo una notoria influencia sobre las diferentes culturas del mundo, que se traduce en una erosión de la religiosidad popular.

Desde una perspectiva culturalmente muy diversa a la nuestra, o sea desde las culturas orientales e incluso africanas, este ateísmo de cuño occidentalista, nacido del racionalismo, es visualizado como un último síntoma de la caída en espiral que es un fruto de la decadencia especialmente moral de la llamada cultura occidental y que en tal sentido pocos todavía se animan a calificar también de cristiana, como fue habitual hasta hace medio siglo.

Dicha declinación de la civilización atlántica la ven estas culturas -especialmente y con particular énfasis desde ciertos fundamentalismos- personificada de manera principal en la agresividad que adjudican al imperialismo norteamericano, entendido desde el monismo político-religioso como la expresión política del cristianismo.

De este modo, el Presidente Bush y el Papa Juan Pablo II y sus sucesores han sido presentados como unidos en un mismo proyecto de exterminio, pero también de suicidio colectivo y por lo tanto de previsible final. Puede advertirse en este punto una coincidencia entre una buena parte de los activistas del nuevo ateísmo occidental y las fuentes fundamentalistas orientales en el significado corruptor del cristianismo. Pero, ¿qué pasará cuando ellos se junten?

En esta perspectiva orientalista, el ateísmo no representaría solamente la negación del cristianismo, sino la fase final de una descomposición de la cultura por él informada, comenzada en el periodo tardomedieval, afianzada en la reforma y profundizada en las proclamas revolucionarias francesas y sus derivas del moderno totalitarismo, para aterrizar, ya en la posmodernidad, en el *pensiero debole*, cuya traducción religiosa constitutiva de dicho estadio terminal sería la increencia, no ya en la tradición espiritual de esa cultura informada durante siglos por el mensaje cristiano, sino también negadora de la metafísica del ser, considerada también ella como una parte de la religión.

Un cuadro trazado por Massimo Introvigne, uno de los mayores expertos mundiales en religiosidad, anota el siguiente itinerario de ruptura de esa tradición espiritual en sucesivos pasos: Cristo sí, iglesia no. Dios sí, Cristo no. Dios no, religión sí. Religión no, sagrado sí, al cual podemos añadir ahora un quinto estadio: religiosidad no, increencia sí.

Recuerdo aquí que la visión que describe el proceso reduccionista de lo religioso a un espacio político y social determinado fue puntualizada en nuestra última reunión donde tratamos la problemática de la laicidad por el embajador Luis Mendiola, quien hizo notar que la secularización y la valoración de la autonomía relativa de lo temporal es una iniciativa propia de la civilización occidental pero socialmente poco relevante en gran parte del resto del orbe, una geografía que reúne una significativa porción de la población mundial. No obstante, y por lo dicho, no sabemos si el tan poderoso impulso globalizador en su despliegue futuro no terminará por incidir también en esa misma geografía aún ajena a dicho proceso.

El ateísmo militante y hostil de matriz filosófica es un fenómeno relativamente reciente en la historia de la humanidad, que recién alcanzaría a tener una real vigencia social desde su irrupción en la modernidad, primero en el Renacimiento y después cuando comenzaron a ganar amplios espacios culturales los nuevos planteamientos del racionalismo ilustrado que habría buscado erradicar desde un proyecto político o ideológico la dimensión religiosa de la existencia humana.

Hay que aclarar que la Ilustración constituye un fenómeno multiforme y heterogéneo y que muchos ilustrados no han sido hostiles o refractarios al hecho religioso, y en ocasiones hasta han representado un visible aprecio de la religión, como la historia de nuestro propio país lo demuestra. Esta aserción se encarna en los héroes de nuestra independencia, entre los que pueden encontrarse notorios ejemplos de quienes comprendieron su amor a la libertad de una manera no sólo conciliable con su profunda fe religiosa, sino que construyeron a partir de esas mismas convicciones la propia matriz de su ideario libertario.

Pero este agnosticismo y este ateísmo se verían no obstante en buena parte superados y perdieron su antigua dinamicidad con el declinar de las ideologías y la posterior irrupción de la llamada nueva religiosidad. Dicho cuadro también tuvo y tiene como escenario la República Argentina⁷.

Sin embargo, en forma paralela creció también de una manera verdaderamente exponencial el ateísmo práctico que se expresa en la indiferencia religiosa. El materialismo dialéctico y el materialismo histórico dejaron lugar así al materialismo fáctico por el cual una gran parte de las sociedades secularizadas vive sin referencia a una autoridad o a unos valores religiosos.

Según el dicho teológico, se vive *Deus etsi non daretur*, como si Dios no existiera. Para el *homo indifferens*, “Dios quizá no existe, pero no importa, de todas formas no lo echamos de menos”. Lo sagrado no sólo habría dejado de ser tomado en cuenta sino que además habría dejado de ser tomado en serio, pero en todo caso dejó de ser relevante para la existencia humana.

En efecto, en estos momentos y desde hace aproximadamente medio siglo, en forma conjunta con el proceso de secularización ha comenzado a expandirse también un nuevo periodo de *revival* religioso. Pero a menudo, este despertar espiritual se convierte en una forma de actuar autónoma y sin ningún lazo con los contenidos de la fe y de la moral sostenidas por una iglesia determinada. Es la religiosidad del hombre

light, en la conocida caracterización del psiquiatra Enrique Rojas, próximo a visitar nuevamente nuestro país.

Se trata de una nueva religión desinstitucionalizada donde el sentido de lo sagrado se funde en una concepción inmanente. En estos últimos años una frondosa literatura de la cual es un exponente paradigmático debido a su particular resonancia *Da Vinci Code*, ciertamente ha contribuido a presentar una imagen siniestra de lo religioso institucional, siempre sospechado de ocultar un muerto en el *closet*.

Aparte de ese nuevo despertar espiritualista, aunque de signo inmanente, se está produciendo en estos momentos también un *crescendo* todavía muy reducido a algunos grupos intelectuales de un ateísmo o más específicamente de un antiteísmo militante de nuevo cuño.

Paradójicamente, la ‘fe’ en el ateísmo no supera niveles del orden de sólo un 1 o un 2%, es decir que según la encuesta más reciente sobre las creencias religiosas por ejemplo en nuestro país, nueve de cada diez personas dijeron creer en Dios⁸, pero hay un notable incremento de la indiferencia y una disminución del debate y el diálogo bien informados.

En estas nuevas expresiones ateísticas, y a la manera de las dieciochescas invectivas de los antiguos ilustrados, la religión es presentada bastantes veces acompañada de una dosis mas o menos importante de socarronería o sarcasmo, según los humores sociales, configurando en no pocas ocasiones una mentalidad cerradamente hostil a cualquier expresión religiosa en la vida social.

Es el *odium religionis*, hoy cada vez más presente en una reciente producción de literatura a la que distingue una especial y creciente inquina contra la religión en sí misma considerada⁹, a la que han contribuido en no escasa medida actitudes incoherentes de los mismos fieles cristianos con su propia fe religiosa.

De este modo, las creencias religiosas, equiparadas a cualquier superstición o a la magia son caracterizadas directamente como un atavismo o una irracionalidad impresentable a cualquier mentalidad moderna y en todo caso siempre se apunta su carácter limitante de la plenitud de la existencia humana.

Sin embargo, debe reconocerse que tras estos crecientes cuestionamientos a las religiones que han cimentado toda la historia del género humano, se encuentran también elementos de verdad que deben ser considerados como lo ha puesto de relieve el propio actual magisterio eclesiástico.

El planteamiento maduro deseable para guiar la relación entre creyentes e increyentes podría condensarse en una fórmula que constituye todo un desafío, no sólo para los fieles cristianos, sino para todo creyente en una religión y aun para los ateos: la fe purifica la razón¹⁰, impidiéndole los desvaríos que la pueden acometer cuando se encuentra librada a sí misma, como nos muestra el penoso escenario del siglo que acabamos de terminar, pero también la razón purifica la fe cuando la preserva de los ilegítimos fideísmos y fundamentalismos que constituyen una verdadera enfermedad del auténtico espíritu religioso. En esta síntesis se centra el nudo de la cuestión.

En tal sentido, *Textos Rebelados* constituye un instrumento de trabajo que permite centrar nuestra atención en la necesidad de purificar las creencias religiosas mediante un ejercicio desprejuiciado y libre de la propia racionalidad que nos constituye como seres humanos.

De este modo parece conformarse una creciente convicción de que las religiones deberían abandonar por ejemplo el prejuicio de que el ateísmo está necesariamente unido a un planteamiento destructor de toda forma de estructura ética de la vida social.

En un sentido similar, las religiones deben reconocer que la cultura promovida por ellas ha llevado a que durante demasiado tiempo la increencia haya sido considerada negativamente por las culturas en ellas inspiradas y que esa disvaliosidad ha tenido por lo general un sentido descalificante para las personas, que han sufrido persecución y dolor por tener que defender las convicciones de su conciencia. Esta misma historia de actitudes intemperantes por parte de las religiones en cierto modo explica la agresividad que las nuevas corrientes ateístas presentan ante el valor religioso.

Es verdad que el ateísmo no está exento tampoco de sus propios prejuicios e incluso de una mentalidad que puede ser calificada también como una creencia. De hecho, y como el propio texto en consideración lo admite, los ateos poseen tanto creencias fundadas como las que el autor denomina no fundadas, que serían las absolutamente subjetivas.

Pero el ateísmo debe ser también considerado y aun debidamente valorado en forma positiva en su búsqueda de liberar el espíritu humano de una irracionalidad que a menudo las propias religiones han encarnado a lo largo de su praxis concreta en el transcurso de esa misma historia humana.

Para no dar sino un ejemplo entre varios otros que podrían señalarse, el autor sostiene que ningún adogmático pretendería transformar sus creencias no fundadas en verdades universales, ni trataría de imponerlas. Este criterio podría ser suscripto por un creyente como así sucede en la realidad actual, donde las religiones han renunciado a establecer contenidos dogmáticos en el plano social, particularmente en la Iglesia Católica a partir del Concilio Vaticano II.

En efecto, esta nueva forma pastoral de la Iglesia católica de comprenderse a sí misma y de relacionarse con la sociedad civil ha supuesto un estilo más respetuoso de la condición de increyente, que ya no son objeto de antiguas admoniciones y hasta de persecuciones poco o nada respetuosas de su condición.

Al mismo tiempo, las religiones estiman que debe respetarse la dimensión religiosa de la existencia humana no solamente a nivel individual sino también social, como corresponde a la naturaleza precisamente social del hombre. Este es el sentido de la libertad religiosa: la inmunidad de coacción en materia religiosa, o sea que las religiones respeten a quienes no profesan la propia fe, incluyendo a los increyentes, y que quienes no participen de esa creencia respeten a su vez el despliegue de las religiones en la vida social.

Es un hecho y un dato de la realidad también que los fieles cristianos se encuentran en algunas ocasiones siendo objeto de agresiones por parte de los increyentes tanto como algunos grupos fundamentalistas expresan aun hoy una actitud hostil hacia esos mismos increyentes.

La persecución religiosa no es desde luego privativa de los sistemas autoritarios y totalitarios así como de formas intolerantes de otras creencias, sino que puede desatarse también, como de hecho así sucede, en los regímenes democráticos cuando se niegan los derechos de los ciudadanos que son creyentes, procurando reducirlos a una práctica meramente privada de su propia fe. Esta actitud mutuamente crispada en nada ayuda desde luego a un diálogo constructivo para ambas partes y para la entera sociedad.

También debe decirse que, bastantes de los ateos actuales, que más propiamente deberían denominarse antiteos o antiteístas, a menudo incurren en generalizaciones inexactas, atribuyendo a las creencias religiosas ser el producto de fantasías irracionales o de un autoritarismo irrespetuoso del pensamiento libre. Tal parecer se explica por un verdadero desconocimiento de la naturaleza del hecho religioso y en ocasiones por un simple y vulgar prejuicio.

Esta actitud puede encontrar sustento en algunas formas primarias de creencias religiosas pero se manifiesta absolutamente insuficiente para calificar el actual estilo con el que una cantidad tal vez mayoritaria de creyentes, sobre todo cristianos, encaran su propio comportamiento social. Si han de ser coherentes, los ateos deberían tomarse tan en serio a las religiones como pretenden que las religiones los consideren a ellos.

Es así que tanto creyentes como increyentes perjudican a sus propias convicciones cuando se resisten a abandonar el prejuicio que ambos sustentan. El prejuicio es a menudo adjudicado por los increyentes a los creyentes, pero la actitud prejuiciosa no es algo privativo de la creencia religiosa sino en todo caso una enfermedad de la misma, como lo es también de la actitud increyente. El prejuicio no es privativo de una determinada forma de pensar religiosa o irreligiosa, sino que es un vicio del espíritu humano, cualquiera sea su actitud ante la religión.

Karl Popper calificó irónicamente de “materialismo promisorio” la falsa pretensión de un mesianismo científicista de los nuevos ateístas, sobre todo científicos, y algunos de ellos eminentes, de que la ciencia proporcione una explicación completa de todos los fenómenos del mundo natural y de todas nuestras experiencias subjetivas, no sólo de las percepciones sobre la belleza, sino también de nuestros pensamientos, imaginaciones, sueños, emociones, y creencias, hasta del mismo amor y todas las expresiones intangibles del espíritu humano. El Premio Nobel John Eccles ha calificado tal actitud como una superstición biologicista, puntualizado que en rigor aunque esta formulación pueda ser expresada por un científico, éste estaría aquí actuando en realidad como el profeta de una creencia enmascarado de científico¹¹.

No puede descartarse, por supuesto, que la vida se haya formado a partir de la materia inorgánica, pero ello constituye una hipótesis que encierra dificultades científicas no pequeñas. Si esta hipótesis es convertida en un dogma, entonces estamos nuevamente ante un preconcepto o un nuevo prejuicio materialista tan inaceptable o tan aceptable como el fundamentalismo literalista bíblico. No se pueden llevar las hipótesis científicas fuera de su campo específico sin incurrir en un visible abuso.

Finalmente, me parece importante hacer un llamado a los teólogos, muchas veces huérfanos de un conocimiento del progreso científico que les impide un diálogo necesario entre la fe y la ciencia. La teología no teme a la ciencia como una creencia popular bastante difundida sostiene, sino todo lo contrario. La ciencia moderna no nació en ambientes ateos sino profundamente religiosos, incluso en los conventos, de la mano de doctos frailes, ésa es la realidad que muchas veces interesadamente se pretende esconder u olvidar.

Para terminar, y como un resumen conclusivo de estas reflexiones podría formularse un llamado a los ateos para que no sean tan prejuiciosos como lo son indiscutiblemente ciertos espíritus fundamentalistas y conozcan realmente de qué están hablando cuando hacen una crítica a la religión, porque los teólogos muchas veces se quejan de que lo que los ateos cuestionan fantasmas de la religión más que a la religión en sí misma, y puede suceder que estén luchando contra molinos de viento creyendo que se trata de monstruosos gigantes que en realidad no existen.

Hay en este sentido mucha pólvora gastada en chimangos, porque cuando se afirma desde una actitud antiteísta por ejemplo que los espíritus religiosos por la culpa nos manipulan y por el miedo nos dominan, eso puede estar refiriéndose a una caricatura de la religión como si fuera un dibujo animado pero no a la religión en sí misma.

El diálogo entre la fe y la ciencia es uno de los retos abiertos en nuestra contemporaneidad que depende de la madurez con que creyentes e increyentes planteen sus respectivas maneras de encarar una espinosa cuestión. El teólogo que escucha las conclusiones del conocimiento científico está en mejores condiciones de dar razón de su fe. El científico que clausura *ab initio* cualquier posibilidad de una significación trascendente de la existencia humana en el mundo corre el riesgo de un solipsismo tan negativo como el que históricamente han incurrido tantas veces las religiones.

Existen numerosos asuntos de interés común que permiten abrir enriquecedoras instancias de diálogo tanto para creyentes como para increyentes, todos miembros de la gran familia humana, basados ambos en la centralidad de la persona. Por eso merece la pena detenerse a reflexionar sobre las bases mismas de la confrontación, con el objeto de que ella sea menos hostil, más amistosa y sobre todo más rica en enseñanzas para todos¹².

Notas

¹ Cf. Pontificio Consejo para la Cultura, *La fe cristiana ante la creencia religiosa,* en <http://www.vatican.va> (Consultado 25-VI-12).

² Un equilibrado balance de esta cuestión puede leerse en Santiago Collado, “Análisis del Diseño Inteligente”, en *Scripta Theologica* 39, 2007: 573-605.

³ Para un penetrante análisis de la actual impostación ateísta, cf. Francisco Conesa, “El nuevo ateísmo: exposición y análisis”, en *Scripta Theologica*, 43 (2011), 547-592.

⁴ El autor hace un juego de palabras con el título, donde la letra *v* corta *de* deja de designar una revelación de carácter sobrenatural para ser reemplazada por la *be* larga, mutando así su significado a la actitud que parece expresar un cuestionamiento a una autoridad ajena al propio sujeto, en el caso la autoridad religiosa.

⁵ En su momento alcanzó alguna notoriedad entre nosotros un ensayo en forma de libelo, ganador de un premio literario del diario *La Nación*. Este trabajo, escrito también con una gran fuerza argumental, escondía sin embargo algunas falacias como la de identificar **ley natural** con los **leyes naturales** del universo. El presente ensayo-libelo también adolece del mismo defecto de confundir el objetivo, o sea tirar tiros a los patos cuando se quiere cazar perdices. Cf. Eduardo Solari, *Libelo contra natura*, Buenos Aires, Emecé, 1988. Cf. también Cristian Ramírez, *Qué puede decirse de nuevo en torno de las relaciones de naturaleza y gracia y el concepto de ley natural. Un ensayo de lectura de algunos párrafos del capítulo II de “Veritatis Splendor”*, en <http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo57/files>.

⁶ El *Génesis*, por ejemplo, al cual remiten las tres grandes religiones monoteístas, ratifica de una manera reiterativa el concepto de que toda la creación contó no ya con el acto creativo divino sino con la ulterior aprobación explícita ejemplificada con la frase: “Y vio Dios que era bueno”. Esta concepción se complementa en el significado de la donación divina al hombre, para que ejerciera un dominio sobre ella y completase ese acto creativo, disfrutando de sus bondades.

⁷ Esta situación se vería anticipada por un renacimiento religioso que en nuestro país alcanzaría altos índices como puede verificarse en la altísima concurrencia alcanzada en las asambleas eucarísticas: la menos numerosa de ellas contabilizó cuatrocientas mil personas y el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, punto cenital de este fenómeno, llegó al millón y medio. Cf. José Assaf, “Decadencia de la incredulidad”, en *Criterio*, 359, 17-I-35, 63 y ss.

⁸ Cf. Fortunato Mallimaci (dir.), *Primera encuesta sobre creencias y actitudes religiosas en Argentina*, CEIL-PIETTE-CONICET, Bs. As., agosto 2008. Según otra reciente encuesta española el porcentaje es mayor, puesto que el 13.1% de la población se declara no creyente.

⁹ Cf. Rafael Gómez Pérez, *La minoría cristiana*, Madrid, Rialp, 1976, 197 y ss.

¹⁰ Cf. Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, 28.

¹¹ Cf. Mariano Artigas, *Las fronteras del evolucionismo*, Madrid, Libros MC, 1985, 6, 71 y 172. Cf. también, 136.

¹² Cf. Juan Arana, “Temas centrales del diálogo ciencia-fe en la actualidad”, en *Scripta Theologica* 39, 2, 2007: 479-494.

Comentario de Miguel Andrés Brenner

Un comentario brevísimo a la ponencia de Fernando Esteban Lozada, “Textos rebeldes”. Cuando lo recibí, antes de leerlo, lo archivé en la carpeta de mi computadora “Asuntos religiosos”.

Nací al cristianismo dentro de la Iglesia Católica Apostólica Romana a los 17 años, sin haber recibido en mi familia una educación religiosa. En ella, bien o mal, me eduqué en la fe.

Es probable que en ciertos aspectos coincida con las críticas que hace Fernando a la institución. A partir de aquí, valgan algunas cuestiones.

Yo no militaría a favor de proclamar la no existencia de Dios. Si Dios no existe, no tengo porqué luchar contra él. Por otro lado debieran pasar las luchas, v.gr., por el reconocimiento de la dignidad de nuestros pueblos, en contra de un sistema económico al que le importa más la especulación financiera que la producción en el que gran parte de la humanidad no accede a bienes dignos o indispensables, contra la destrucción del mundo-casa del hombre, etc., en general, contra las injusticias y la falta de amor al prójimo.

Immanuel Lévinas, filósofo judío-lituano, quien me apasiona, señala que la medida del amor a sí mismo es el amor al prójimo, que el hombre es responsabilidad por el otro y, en tanto ello, vulnerabilidad a las necesidades del “pobre, la viuda, el huérfano, el extranjero”. Conste que el problema fundamental de nuestros pueblos postergados es la pobreza. Las naciones poderosas de occidente discriminan a los inmigrantes y padecen hoy las consecuencias de la especulación financiera.

En nombre de Dios hubieron matanzas, pero también obras hermosas hasta el infinito. El Dios asesino no es mi dios, no existe. Mi Dios es el que me enseña denunciando: *Como quien inmola al hijo a la vista de sus padres, así el que ofrece sacrificios de lo robado a los pobres. Su escasez es la vida de los indigentes, y quien se la quita es un asesino. Mata al prójimo quien le priva de la subsistencia. Y derrama sangre el que retiene el salario al jornalero* (Eclesiástico 34, 24-27). Mi Dios es el del Libro de Job, para quien los males que sufre el hombre no lo señala como pecador, no son ni castigo ni prueba a la que Dios somete al hombre; no es éste quien puede ponerse en el Espíritu de Dios para establecer sus designios.

Y mirando ahora desde nuestros pueblos desposeídos, diría que necesitan del Dios liberador en el corazón humano, en sus personas y sus relaciones (económicas, políticas, culturales, etc.). Hagamos un juego de imaginación, y digamos que se convencen que “probablemente Dios no exista”. ¿Qué ocurriría, entonces? Simplemente, los desarmaríamos en su condición humana, pues sus creencias los constituyen también como seres humanos. ¿Y qué reemplazaría a Dios en ellos?, ¿el libre pensamiento? Con todo respeto, aquél es propio de lo que Marx denomina “pequeña burguesía” o clase media. ¿Libre pensamiento?

Federico Nietzsche, en “Sobre verdad y mentira en sentido extra moral”, se opone hablar en términos de “verdad”, pues existe una lucha entre significaciones, unas se imponen venciendo a otras, mientras tanto, las que vencieron se naturalizan y hay un olvido sobre el origen bélico.

Carlos Marx con su noción de ideología nos alerta acerca de múltiples afirmaciones que son seductoras y engañosas a la vez porque ocultan injusticias, relaciones de opresión. Ni que hablar del propio Sigmund Freud para quien la salud mental no es un dato, sino una constante lucha para hacer conciente lo inconciente, siendo que lo inconciente abarca la mayor parte de la personalidad. Ni que hablar de Michel Foucault para quien la verdad no es más que consecuencia del ejercicio del poder. El pensamiento crítico, o es una argucia del intelecto en la que disfrutamos individualmente, o es consecuencia de la lucha por la verdad y la justicia.

En tanto a la verdad, considero que hay una y única verdad, verdad absoluta, la vida en su máximo despliegue o potencia. Todo lo demás debe subordinarse a la vida, considerando que, al decir de Carlos Marx en los “Manuscritos Económico Filosóficos de 1844”, el ser humano es vida que crea vida. No pretendiendo homologar el texto marxiano al Evangelio según San Juan (14,6), éste último afirma la identidad entre verdad y vida¹.

Notas

¹ Evangelio según San Juan, 14, 6. “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Cristo afirma la identidad entre verdad y vida que se hace históricamente.

Comentario de Natalia Kakubecki

Lo primero que me gustaría decir acerca del texto es una crítica menor sobre el aspecto formal. Si bien desconozco cuál fue la intención primera al momento de su redacción, al tratar temáticas variadas en párrafos cortos, sin una idea conductora o una tesis central que los unifique, el texto en su totalidad se vuelve un poco panfletario; más si se toma en cuenta la “oración” del final. Esto no quita que en este trabajo se encuentren algunos puntos que resultan interesantes para ser profundizados y desarrollados con mayor rigurosidad en algún trabajo ulterior. En consecuencia, me permito sugerir tres ejes para continuar pensando la cuestión, sin por ello pretender ser exhaustiva, claro está. El primero de ellos es el de la tolerancia. Sinceramente me pareció muy importante diferenciar el sujeto de esta acción, pues es cierto que muchas veces -incluso los más atentos- solemos confundir la tolerancia a una persona, a una acción y a una idea. Es claro que quien debe ser tolerada es la persona, que en ocasiones puede realizar acciones altamente cuestionables debido a las ideas que posee. Cuestionemos, pues, cada idea, pues ellas no son sujeto de respeto ni de tolerancia alguna. Esta confusión permanente figura con frecuencia entre las razones que los creyentes arguyen en su favor. Muchas veces el hecho de poner en tela de juicio una idea o una creencia tiende a confundirse con un argumento *ad hominem*, esto es, con la discriminación de la persona que sostiene esa idea. Y así las comunidades religiosas impiden, por las razones equivocadas, que se las cuestione, sintiéndose atacadas cuando la intención no es tal. A la inversa, y lamentablemente, muchas veces sucede que el ateo ataca a la persona creyente, pretendiendo descalificar, en realidad, sus ideas. Así, tener en mente esta distinción, resulta favorable para unos y otros.

El segundo punto que me interesaría señalar es la construcción de la idea de divinidad monoteísta y su estrecha relación con la administración de justicia. Fernando Lozada insiste en que la idea de Dios debe ser rechazada principalmente por autoritaria. Creo, sin embargo, que el rechazo del ateo no proviene tanto del autoritarismo sino más bien de la inconsistencia del concepto de Dios; mejor dicho, de su **asombrosa** consistencia. Con esto me refiero a lo siguiente: este dios es absolutamente contradictorio, como se insinúa en el apartado “¿Justicia divina?”. De esta manera, el buen pasar del justo se llama “merecimiento”, mientras que el mal pasar del inocente se llama “prueba”. Estas eventualidades, que para el ateo no son sino producto del azar, para el creyente provienen de una única voluntad que no tiene reglas muy precisas en cuanto a la administración de justicia. Por tanto, todo queda supeditado a un dios que, más que autoritario, se muestra arbitrario. Esta admirable consistencia, entonces, se

funda en la prerrogativa divina de ser, por definición, inescrutable. Y para reforzar esto, el creyente se vale del concepto de “fe”. Por ésta se entiende el conjunto de creencias necesariamente no fundadas, puesto que desde el momento en que lo fueran – en caso de ser posible – ya no podría hablarse de fe, sino de conocimiento. Pero, al menos dentro de la Iglesia Católica, y siguiendo las palabras del papa Gregorio Magno en su *Homilía XX*: “Sabemos que la obra divina, si es comprendida por la razón, no es admirable; y que la fe no tiene mérito si se le antepone las pruebas de la razón humana”. Por tanto, Dios no sólo es incognoscible por definición sino que, el intentar conocerlo, esto es, tener alguna prueba sensorial o racional de su existencia equivaldría, paradójicamente, a perder la fe y, en consecuencia, los méritos necesarios para la salvación. Así es como la consistencia se mantiene: a fuerza de que la fe en el dios abrahámico devenga tautológica.

El tercer y último eje que, creo, se debiera profundizar, es el que habla de las condiciones de posibilidad de una ética atea, de una ética que no necesite del sistema de recompensa o castigo eterno para producir acciones moralmente positivas. Creo que quienes sostienen que la única posibilidad de una sociedad con principios éticos es una sociedad cuyos fundamentos reposan en la creencia en un dios, están bastante equivocados. A menos que pensemos que el ser humano es “por naturaleza” algo así como un psicótico incapaz de pensar en el bien común ni empatizar con otro ser humano, la idea queda ya tambaleando. A esto debe sumársele, además, el elemento fáctico. La creciente laicización de las sociedades contemporáneas como, por ejemplo, la nuestra, trajo aparejados cambios a nivel legal y consiguientemente a nivel ético, que facilitan día a día la convivencia pacífica y que promueven una integración igualitaria en la que todos sus miembros gozan de los mismos derechos. Y esto no es porque se espere una recompensa trascendente ni, mucho menos un castigo eterno. Esto es, simplemente, porque el sistema de recompensas sobrenatural no es una condición *sine qua non* para la ética.

Ahora bien, para finalizar, me gustaría decir que, dado el espíritu que anima estos encuentros, que es el de establecer un diálogo entre la religión, la política y, eventualmente, las cuestiones morales que esta última implica, el énfasis deberíamos ponerlo en el primer y el tercer eje. Éstos, que por otra parte se encuentran estrechamente vinculados, son insoslayables al momento de pensar una convivencia social pacífica y fecunda no sólo entre todos credos sino, también, que incluya a la comunidad de no creyentes. El segundo eje, por su parte, resulta secundario en tanto que no aspira a establecer un diálogo, sino a esquematizar las razones que tenga un ateo para serlo. Éstas, además de interesar más al ateo que al creyente, resultan ser tan variadas que pretender analizarlas con rigurosidad se torna, en última instancia, una tarea demasiado ambiciosa.

Comentario de Celina A. Lértora Mendoza

La lectura de “Textos rebeldes” me sugiere tres consideraciones de tipo más bien general. Sin duda es posible comentar afirmaciones puntuales del escrito, pero me limitaré ahora a tres aspectos que me parecen ser una especie de “temple de ánimo” del autor, Y que representan bastante adecuadamente al conjunto general de pertenencia. Y además me sugiere la reflexión de que si hoy estamos poniendo sobre la mesa y volviendo a considerar ideas expresadas por los ilustrados franceses hace más de dos siglos, es porque algo anduvo mal en el desarrollo del pensamiento.

1. La cuestión de la personalidad

Es bastante común, en los discursos filosóficos, intentar una separación, incluso lo más tajante posible, entre el discurso en sí y la personalidad del autor. Los intentos surgidos en los campos de la psicología, la historia de mentalidades, la sociología, etc., por hallar relaciones significativas entre personalidad y pensamiento (obra), han tropezado casi siempre con el escepticismo, cuando no la franca oposición de los filósofos, al menos para las obras filosóficas. Filósofos dispuestos a reconocer la huella de la personalidad del autor en producciones artísticas, religiosas, incluso científicas (se ha investigado mucho sobre las de Galileo y de Newton, por ejemplo) se niegan a pensar que *La crítica de la razón* pura tenga mucho que ver con la costumbre de Kant de pasearse puntualmente todos los días, o de colocar el pañuelo en el otro extremo de la sala para obligarse al ejercicio de ir a buscarlo.

Ensayaré ahora el punto de vista contrario, aun sabiendo que no suele ser bienvenido. Lo hago porque precisamente estoy convencida -todo lo convencida que una puede estar en estas cosas- que sí hay una relación, y bastante estrecha, entre la personalidad y el pensamiento, al menos en sus líneas generales (es claro que no en los detalles más específicos y sobre todo técnicos). Si bien es cierto que resulta un tanto arbitrario sostener que toda la obra de un filósofo puede explicarse por su carácter, no me resulta inverosímil considerar que en algunos casos esa conexión es real. Tomaré dos ejemplos de la filosofía medieval Primero: el caso de la diferente posición de Agustín y Tomás de Aquino frente a la gracia divina. Agustín fue un hombre dominado, en su juventud, por las pasiones carnales y su experiencia de vida fue que no podía librarse de ellas sino con una ayuda muy superior a él mismo; su acentuación de la gracia sobre el libre albedrío es consecuente con esto (y por eso es difícil pensarlo

como un Pelagio, que era todo lo contrario). Tomás de Aquino, en cambio, a juzgar por las biografías (de cuya veracidad en general no tenemos elementos fuertes para dudar) no tuvo problemas pasionales, quizá no necesitaba reprimir pasiones carnales porque tal vez ni siquiera las sentía (el caso de la prostituta a la que ahuyenta, casi con horror, sería un ejemplo); entonces, su posición inicial cercana al semipelagianismo (que corrigió obediente y ortodoxamente cuando leyó bien a San Agustín) es coherente con una personalidad segura de sus propias fuerzas. Segundo: Buenaventura y Ockham frente a las postrimerías. Buenaventura es un hombre profundamente enraizado en una tradición de creencias escatológicas fuertes y cuasi místicas que él mismo las comparte interiormente, por eso no duda en su visión de la condenación y la pena infinita, y casi se percibe un esfuerzo por enfocar el tema desde el amor de Dios a las creaturas pregonado por Francisco de Asís, que hace trastabillar a la erudita tradición de la encarnación divina como necesaria compensación por el pecado humano. Leyendo sus textos, da la impresión de que Buenaventura no tiene la menor duda de que el pecado del hombre (cualquiera sea) es una ofensa infinita a Dios. No evidencia el espíritu crítico de Ockham que pensándolo razonablemente (y diría, casi por sentido común, aunque el texto comentado abomina del mismo), opina que como el hombre es limitado, ninguna pena ni ningún sufrimiento humano puede ser propiamente infinito, por muy grande y terrible que sea, y por lo mismo, tampoco el hombre puede ofender a nadie (incluyendo a Dios) infinitamente. En realidad sus diferentes puntos de vista no cambian la creencia básica de los premios y castigos, pero la redimensionan de modo diferente y acorde con sus propias personalidades.

Viniendo ahora al tema que nos ocupa, creo que ser teísta o ateo es -aunque no sólo eso- una cuestión de personalidad. Sin necesidad de suscribir la tesis de Freud acerca de la génesis de la idea de Dios como la del padre ambivalente, a la vez tierno y castrador, parece claro que la creencia en un Dios de poder inmensamente superior al humano, sea o no infinito (y digo esto para englobar creencias que no son abrahámicas) da al hombre una seguridad, un marco de referencia acerca de cómo obrar en la vida de forma correcta y sin temor a equivocarse. La “ley del padre”, según algunos psicólogos, configurada míticamente en la “ley de Dios” es lo que asegura el orden social. Algunos afirman que la anomia y la disolución que presenta la sociedad contemporánea se deben a que se ha perdido la ley del padre como referencia. Dejando de lado la cuestión social, que me parece demasiado compleja para ser abordada aquí, pienso que a nivel del individuo hay algo decisivo que estas elaboraciones indican: en general los hombres necesitan tener seguridades para ubicarse en la vida. Tener un “padre grande y poderoso” es una de esas seguridades, cuyo precio es tener que obedecerlo¹. Pero otros hombres son “rebeldes” como dice el texto, no quieren seguridades porque

pueden convivir con la inseguridad y el error. Necesitar o no seguridad es un rasgo de la personalidad, no es algo que uno pueda decidir tener o no tener con un acto de voluntad. Y también es una constatación que la mayoría pertenece al grupo de los naturalmente necesitados del padre y de su ley; por eso los ateos, en todas las épocas y regiones, han sido siempre una minoría; si bien quizá hubo muchos que ocultaron por diversas razones sus verdaderos pensamientos, aun así creo que los números de uno y otro grupo son muy dispares. No tengo certeza ni expectativa razonable -al contrario del autor- de que esa proporción pueda variar significativamente, al menos no en un futuro inmediato de la historia humana. Entonces de un modo natural, quienes necesitan seguridades fuertes se enrolan en creencias fuertes, de las cuales las religiones son quizás las más notables, porque si bien apelan a veces a la necesidad de compartir creencias poco racionales, ofrecen algo que el individuo busca mucho más que la coherencia racional. Un signo de esto es que, hasta donde yo he podido saber, los esfuerzos apologéticos de cualquier religión no han logrado convencer a nadie que se sienta cómodo y bien contenido en otra, o que no necesite ninguna. Ahora bien, quienes necesitan la seguridad y la hallaron, ni siquiera se preocupan de la apologética ajena. Los que sí se preocupan, paradójicamente, son los positivamente increyentes. Esto me lleva a la segunda nota

2. La anti-apologética defensiva

Mi impresión frente a la crítica efectuada por el increyente a la apologética y a los motivos de credibilidad proporcionados por las religiones positivas, es que se sitúa en la defensiva. Es decir, se siente atacado, por así decir, por los creyentes y defiende su libertad como una fortaleza. Esta asimetría me parece digna de alguna consideración. Pienso que, ciertamente y conforme a lo que dije antes, la situación del naturalmente creyente y del increyente son distintas. Es decir, entre ambos grupos no hay habitualmente pasajes. El conjunto potencial de adeptos a una religión está dado sólo por los naturalmente creyentes, no por el otro grupo. Entonces, si tenemos, por ejemplo 100 individuos, 50 creyentes (grupo A) y 50 increyentes (grupo B), la puja de las religiones sólo puede darse para cooptar miembros del grupo A, su “rango” diríamos, no subirá de 50. A los otros puede endilgarles falta de comprensión de los motivos de credibilidad, etc. y como consecuencia tratar a los reticentes a la conversión también en forma ambivalente: como ovejas descarriadas a las cuales hay que seguir ayudando a volver al redil, o como inveterados ciegos susceptibles de castigo. Es también un hecho histórico que las religiones positivas, sobre todo las que tienen poder punitivo social real, oscilan entre estas dos opciones. Los increyentes del grupo B no son miembros potenciales de ninguna religión y por lo tanto, a lo más habría que

considerarlos, si se quiere “casos perdidos”. Pero no es lo usual, sino al contrario, parece haber una mayor sofisticación en los esfuerzos de las religiones por convencer a los incrédulos de su falsa posición. Es natural, entonces, me parece, que los ateos se sientan “invadidos” por quienes quieren ofrecerles compulsivamente respuestas a problemas que no les atañen puesto que en realidad son para ellos pseudoproblemas (si Dios se reveló o no, si es uno y trino, o no, si hay cielo e infierno después de la muerte o no, etc.).

Ahora bien, los increyentes, muy diversos entre sí, como dice el autor, y que sólo tienen en común una negativa, si bien pueden ser contabilizados (digamos, los 50 del grupo B del ejemplo) difícilmente podrían ser reagrupados al interior de esa categoría (así como sí pueden ser y de hecho lo son los religiosos) porque no parece que haya otros puntos de conexión relevantes. Mientras que tiene sentido decir “soy religioso y mi religión es el islamismo” o “soy religioso y he optado por el catolicismo”, no parece tener mucho sentido decir “soy ateo y me identifico con los ateos críticos” o “soy un ateo dogmático”. porque ser “crítico” o “dogmático” no son predicados que especifiquen propiamente a “ateo” (como “islámico” o “católico” especifican propiamente a “religioso” y sólo por extensión y derivativamente a otros complejos conceptuales) sino que indican una opción o característica mental o intelectual general.

Por la misma razón de que el ateo en realidad es un negador o prescindente de algo positivo (la religión) parece también por lo menos extraño que los miembros del grupo B, ppr cuenta propia, tomaran actitudes que corresponden más bien al grupo A, es decir, por ejemplo “desafilarse activamente” de una religión², hacer propaganda de ateísmo (¿de cuál?), predicarlo como un apostolado, unirse en cofradías o asambleas. Estas actitudes en realidad copian o reproducen prácticas de tipo “religioso” (ritual, litúrgico) cuyo sentido posiblemente excede al ámbito religioso mismo. Un ateo dirá – correctamente, desde su punto de vista- que la religión (o mejor, la religiosidad y la creencia) es un asunto personal, de la esfera privada. Lo que no acepta es que tenga efectos en la esfera pública. Pero cuando él mismo forma grupos, se integra en ellos y actúa positivamente contra las religiones en el espacio público, entonces está haciendo una acción anti-religiosa, y en tanto pública, también política. Sería muy interesante estudiar cuál es el “costado político” de las asociaciones ateas, a las cuales en algunos casos apoya abiertamente algún sector político. En definitiva, para un político, toda cofradía, de cualquier signo que sea, es un posible “bocado” político apetecible: si hay orden y adhesión al líder y éste es cooptado, hay una cantidad -más o menos importante, pero siempre positiva- de votos en cartera. En este caso, desde el punto de vista de la sociología política, es posible pensar (y políticamente intentar que así sea)

que los dos grupos (creyentes e increyentes) se acerquen de manera análoga -aunque de distinto signo- al espacio público de la lucha por el poder. Mientras los ateos estuvieron dispersos y fueron relativamente pocos, nadie intentó cooptarlos, y también porque quizá sus votos no eran necesarios. Hoy sí lo son. Esto puede cambiar notablemente la concepción acerca de la “visibilidad” del ateísmo.

La posición **defensiva** del ateo raramente es vista como una postura legítima que haya que respetar. Curiosamente, se ha dado e incluso se da lo contrario: mientras que las religiones más o menos próximas suelen cerrar filas frente al avance de otras más lejanas o del laicismo y/o de lo que consideran concepciones “peligrosas”³, su relación con los no creyentes se ha endurecido. Este es un fenómeno que sería interesante estudiar más en profundidad.

3. La lectura atea desde la tradición occidental

Dije en el punto primero que la necesidad subjetiva de la ley del padre es una constante general y que está en la base de casi todas las religiones (no me atrevo a quitar el “casi”), pero observo que las posiciones ateas razonadas son producto de la civilización occidental en cuanto el monoteísmo abrahámico ha permeado muchos aspectos de su cultura, más allá de los dogmas específicamente religiosos que, hoy por hoy, ya la mayoría no comparte, o no comparte totalmente. Me pregunto el por qué de esta situación peculiar. Me pregunto concretamente si el excesivo desarrollo unilateral (hacia arriba, digamos) del padre y de su ley no termina produciendo, dialécticamente, un movimiento contrario de rebeldía que no parece haberse dado en culturas teóricamente tan sofisticadas como la nuestra, pero con otro talante. Por ejemplo, el problema ateísmo vs. teísmo no parece ser un tema de discusión relevante para los confusionistas, los taoístas, los hinduístas o los shintoístas, si bien es cierto que la negación de estas creencias en algún tiempo histórico pudo traer consecuencias desagradables a quien la profiriera. También es verdad que el aflojamiento de estos castigos públicos y la exigencia de tolerancia llegaron a estas sociedades en la medida de su incorporación a las pautas de la civilización occidental, pero de todos modos la relación teórica era distinta desde antes. Las formas de “ateísmo público” que parecen estarse dando en los países orientales, me parece que tienen que ver con el rol político a que me referí en el punto anterior⁴. Éste es también un punto que sería interesante explorar.

En definitiva, el ateísmo sigue dando qué pensar.

Notas

¹ Teóricamente la cuestión de la existencia de un Ser Supremo y que él sea un legislador necesario del género humano son dos afirmaciones distintas y asimétricas: ser legislador implica su existencia pero no a la inversa. Puede concebirse una posición que acepte la existencia de un Dios con los caracteres o atributos que le adjudica el monoteísmo abrahámico, menos el de ser un legislador obligatorio para nosotros. Pero esta posibilidad teórica no parece haber interesado mayormente, salvo a algunos deístas ilustrados, lo que se explica por el interés fundamentalmente práctico de la afirmación de Dios.

² Salvo, naturalmente, que esa afiliación sea contabilizada por una religión para legitimar posturas concretas, en el espacio público; en ese caso es totalmente comprensible el “no en nuestro nombre”. Una “desafiliación” de otro tipo sería puramente ritual, y comprensible cuando alguien que en realidad quiere ser de una religión, se halla inscripto en otra. Es el caso de los “desbautizaderos” islámicos en España antes de la expulsión de 1610. Pero no queda claro cuál es el sentido de que se “desbautice” un ateo. Es decir, en el ámbito del grupo A, la creencia misma en la realidad de una religión “verdadera” torna comprensible la necesidad de quedar bien ubicado. Islámicos y cristianos en la España medieval, por ejemplo, de algún modo creían (aunque, claro, de modo diferente) en la “realidad” del efecto bautismal, y por tanto los islámicos querían ser “desbautizados” para ser “islamizados”. Pero quien no pertenece a ese ámbito y no cree que haya ninguna religión “verdadera” o “real”, esa práctica, en sí misma, no tiene ningún sentido real.

³ Estas tres categorías no son equivalentes, sino que cada religión las mide de acuerdo a su propia percepción del peligro. Por ejemplo, católicos y protestantes históricos cerraron filas frente a las avances de las sectas cristianas; luego todos ellos cuestionaron en conjunto las creencias orientales que comenzaron a invadir los países occidentales; frente al avance del agnosticismo postmoderno y del materialismo, todos ellos comenzaron a hacer causa común con el budismo, ya instalado en Occidente. Y ahora todos se sienten amenazados por creencias *light* y por eso potencialmente más inasibles y peligrosas por su indiferenciado inclusivismo, como *new age* o el neopaganismo.

⁴ Lo pienso -no tengo más elementos- por analogía con lo que sucede en India, por ejemplo, con las ONGs ambientales y proteccionistas. Formadas originariamente desde una matriz religiosa y sacral de unidad con la naturaleza, han pasado a convertirse en recursos políticos para diversas opciones partidarias, cambiando su sentido original y reproduciendo un interés político de las ONGs que es típico de las democracias occidentales.

Comentario de Hilario Wynarczyk

En el texto de Fernando Esteban Lozada que nos proponen en este encuentro de FEPAI, creo percibir una convergencia con el discurso nietzscheano en unos puntos básicos.

En primer término, creo que el texto sustenta la afirmación de que las religiones son sistemas de creencias culturalmente heredados que cumplen funciones de dominación. Estos sistemas fijan la definición de una naturaleza ontológica y un destino y nos impiden el desarrollo de las potencialidades humanas. Inversamente, la construcción plena del hombre se basaría en la razón y la voluntad, la capacidad de construir una naturaleza, una moral y un destino.

En segundo término, hay una exaltación de uno de los elementos aquí enumerados, la voluntad, una voluntad libre, racional y tolerante, una especie de fuerza.

La definición del ateo como un rebelde parece una exaltación de una figura ideal con características poéticas. En realidad se refiere al ateo humanista. Así él lo llama.

Pero ese no se condice con lo que en la práctica son las personas que se autodefinen como ateas -creo que solamente un estudio de campo sería capaz de contarnos qué son esas personas que se reconocen como ateas, cómo piensan, por qué son ateas, en qué medida están desconectadas de la influencia de las creencias religiosas de su entorno.

Por otra parte, hay un grado de reduccionismo en la medida en que el discurso de Lozada se construye por oposición a las formas más estrictas de las principales religiones monoteístas que conocemos en Occidente, el Cristianismo sobre todo en su versión católico apostólico romana, el judaísmo y el credo musulmán.

Yo comparto desde luego, a partir de mi perspectiva de sociólogo, mucho de lo que dice Lozada como compartiría lo que dijo Nietzsche sobre las religiones como dispositivos de control social. Sin dudas el pensamiento dogmático en cualquiera de sus formas es un mecanismo de reproducción inter-generacional de la cultura y de construcción de personalidades y formaciones sociales.

Pero hay maneras diversas de ser creyente. Las religiones han sido dispositivos cognitivos para grandes empresas de la voluntad humana política de carácter colonial y son también los recursos a los que mucha gente acude para buscar las fuerzas que le permitan alcanzar la concreción plena de sus deseos, es decir, de su voluntad. Y también las religiones han sido en determinado momento mecanismos de secularización al contribuir a la desclasificación sobrenatural del mundo físico (punto sobre el que volveremos).

A partir de estas consideraciones quiero hacer otras más generales. En la actualidad existe una vasta producción de literatura de ateísmo militante, producida por intelectuales provenientes de las ciencias naturales, la filosofía, el periodismo¹, y asimismo numerosos blogs.

Al mismo tiempo, completan el fenómeno las apariciones de carteles a favor del ateísmo en Londres, y a favor del ateísmo y a favor de Jesucristo en Barcelona, Málaga y Madrid. Entre quienes reniegan del bautismo católico, algunos convirtieron la apostasía en un acto administrativo y un rito, algo así como un contra-bautismo para liberarse del que les fuera impuesto por sus padres. Y unas ciento cincuenta personas en nuestro país se reunieron en el Primer Congreso Nacional del Ateísmo, el año 2008, en Mar del Plata. Posteriormente hubo otros dos congresos más.

Un punto básico en las argumentaciones académicas a favor del ateísmo es el contraste entre la razón científica y la oscuridad de la religión, al que Lozada alude también, aunque Lozada no limita su discurso a este punto. Quisiera concentrarme en ese contraste entre la ciencia y la religión. Pareciera, en esta perspectiva, que todo se redujese a un problema cognitivo. Es cierto que frente a un fenómeno, la ciencia lo describe, enuncia conceptos que lo explican, y verifica la validez de los conceptos en términos aceptados por todos.

Pero, he nos aquí que a partir de la fuerza del método, la ciencia genera un instrumental tecnológico y administrativo cuyos usos poderosos dependen de la política, que no es una ciencia. De igual modo, la elección individual de carreras científicas depende de cuestiones no científicas. La ciencia no puede brindarle significado y propósito a la existencia, salvo a la de quienes la asumen como vocación; ni puede tampoco la ciencia responder a los dilemas éticos de la sexualidad, la bioética o la guerra.

Pero para vivir la gente necesita perspectivas, además de los bienes que brinda la ciencia. Y las encuentra en la fábrica de la religión y las ideologías. Por eso es imposible y no-científico pretender desterrar la religión: porque aporta marcos ideacionales a la existencia, que por sí sola nada dice al respecto, o dice poco. Pero sin dudas aquí aparece el segundo aspecto sobre el cual ingresa Lozada. Frente a esta capacidad de las religiones de aportar marcos interpretativos para la vida (que la sociología indica que también sirven para funciones de dominación), Losada, y sin dudas Nietzsche, exponen la idea de la voluntad libre y racional que busca la construcción de su vocación, sentido y existencia.

Quiero regresar sin embargo por un momento sobre el primer punto, es decir la contradicción entre ciencia y religión. A rigor, el monoteísmo, pero especialmente me refiero ahora al monoteísmo de la Biblia, creó las condiciones de posibilidad para un tipo de pensamiento científico preocupado por desentrañar las “leyes” de la naturaleza.

A partir de la razón religiosa del cosmos, el Antiguo Testamento produce una desclasificación espiritual de la realidad física como campo de fenómenos regidos por fuerzas ajenas a su propia estructura, es decir por dioses o espíritus, que el monoteísmo condena al exilio de las creencias paganas.

Así la naturaleza adquiere una autonomía funcional que permitiría estudiarla fuera de la religión, y con todo derecho, porque fue sujeta por el Creador al señorío de los humanos, como bien se deja saber en el Libro del Génesis.

Más aún, los astros (dioses para los paganos) pierden estatus. Son “lumberas” que marcan las estaciones y los ciclos productivos. Y los ídolos nada pueden hacer por las personas.

Pero, claro está, que la ética permanece incluida en el dominio sobrenatural y en la economía religiosa del cosmos, una economía ética.

Más tarde, por otra parte, en el contexto cristiano la investigación empírica dio lugar a contradicciones que se tornaron evidentes desde los albores de la Modernidad. En el siglo XVII, el puritanismo inglés apoyó el avance de las ciencias que estudiaban la naturaleza en forma sistemática, racional y empírica, para glorificar al Creador en sus obras y “aliviar el estado del hombre” (explica Merton en su clásico, *Teoría y estructura sociales*, 1949), aceptando que el mundo estaba corrompido por el misterio de la Caída.

Intelectuales puritanos fundaron la primera sociedad científica, la Royal Society de Londres. Quizás algunos de tales intelectuales eran deístas que se encuadraban a sí mismos en el sistema de valores del puritanismo, y no dejaban de estar imbuidos de creencias religiosas y de buscar “los caminos de la ciencia hacia Dios”.

En Francia y Alemania, unos fenómenos culturales parecidos ponían de manifiesto la convergencia sobre el punto de vista racionalista y práctico-utilitarista, al mismo tiempo que la opción por un camino inverso a la herencia escolástica basada en Aristóteles. Esto sigue colocando en evidencia lo que antes referí, es decir las varias formas de ser creyentes.

En el fondo, el discurso ateo, sin referirme ahora al de la exposición de Lozada, sino a las movilizaciones públicas a favor del ateísmo, que tienen lugar en Europa, y de las que no fui testigo presencial, pareciera tener su motor en la indignación, y buscar su forma en la razón científica. Indignación, porque en los dogmas religiosos también encuentran sentido, propósito y legitimidad, otros dispositivos sociales, que son los marcos de exclusión, las técnicas de manipulación y los sistemas autoritarios. Y también lo encuentran las mentes criminales. Así, es finalmente en la política donde se localizan las consecuencias negativas más importantes de las religiones. Pero el ateísmo adoptado por algunos Estados no produjo líderes más misericordiosos, y esto está claramente reconocido en el texto de Lozada que se refiere en particular al ateísmo humanista.

Creo que la solución del problema –una solución parcial, difícil y básicamente occidental– podría encontrarse en la más separación lo más radical que sea posible, entre las esferas del Estado y la religión, junto con la afirmación jurídica de la igualdad entre las religiones y la libertad de conciencia. Esta última debería proteger a todas las personas, incluyendo las que sostienen creencias religiosas supuestamente conservadoras en materias como la forma de la familia o la educación sexual.

En la Argentina, mientras tanto, la fe religiosa goza de buena salud, y no produce los principales desastres de la sociedad. Las misas católicas y los cultos pentecostales están llenos. También los actos en los santuarios católicos y para-católicos, como es el caso del Gauchito Gil. La fe transita por cauces que no son nuevos si tomamos en cuenta que sigue existiendo una situación de privilegio estatal para la Iglesia Católica Apostólica Romana y la única iglesia que puede acompañar el poder político o desafiar el poder político al menos desde un discurso en el plano ético, es la Católica, por las características de su teología pública y la preparación intelectual de algunos de sus

componentes, aunque debemos notar que los caudales relativos de público, sin dudas, fueron cambiando.

Notas

¹ Particularmente provocativos resultan los libros de John Dupré, *El legado de Darwin. Qué significa hoy la evolución*, Buenos Aires, Katz Editores, 2006; Michel Onfray, *Tratado de ateología. Física de la metafísica*, Barcelona, Anagrama, 2006; Richard Dawkins, *El espejismo de Dios*, Madrid: ESPASA-CALPE, 2007 y su documental *Los enemigos de la razón*, 2007; Sam Harris, *El fin de la fe*, (Madrid: Paradigma, 2007); Piergiorgio Odifreddi, *Por qué no podemos ser cristianos y menos aún católicos*, Barcelona, RBA, 2008; Christopher Hitchens, *Dios no es bueno. Alegato contra la religión*, Barcelona, Debate-Random House Mondadori, 2008.